

todo lo dicho, y quiero que todo se cumpla puntualmente.

Tatanai, gobernador del territorio del otro lado del río, y Starbuzanai y sus consejeros, todo lo ejecutaron exactamente como lo había mandado su rey Darío. De este modo se cumplían las predicciones de Aggeo, llenaba el Señor sus promesas, y colmaba de bendiciones á su pueblo, después de haberle probado con fuertes oposiciones y castigado su flojedad con severos, pero provechosos castigos. El edicto de Darío aumentaba el ardor con que se continuaba la obra y contenía el odio de sus enemigos, que sin dejar de aborrecerlos, no se atrevían á inquietarlos. Las tierras volvieron á ser tan fértiles para sus legítimos dueños, como lo habían sido en el tiempo de su conquista por Moisés y Josué. Las familias se multiplicaban y al paso que se elevaba en Jerusalem el templo del Señor, se aumentaba en todo el país el bienestar de Israel.

Se concluye la edificación del templo.

El día tercero del mes Adar (que corresponde á la luna de febrero) y año sexto del reinado de Darío se acabó de edificar este famoso templo, cuya obra había durado cuarenta y seis años, según dijeron los Judíos á Jesucristo, aunque muchos creen que, ó habían errado en el cómputo, ó habían hablado hiperbólicamente, ponderando la grandeza de su templo. Lo cierto es que no hay cuenta fija, y que la más aproximada no da por resultado tantos años; pero sea lo que fuere de la duración de la obra, ella se acabó; y si ya no fué en cuanto á los pórticos, casas sacerdotales y obras de adorno, á lo menos lo fué en cuanto al templo. Por las demostraciones de gozo que hicieron los hijos de Israel á la vista de solos sus cimientos, se podrá inferir los santos excesos de regocijo á que se entregarian al verle concluido.

Su dedicacion.

Zorobabel, Josué y los ancianos pasaron avisos de esta conclusion á todos sus hermanos que habían vuelto de la cautividad, sin olvidar los cautivos del reino de Israel, que habían venido tiempos antes de la Asiria; porque Judá, Benjamin, Leví y las diez tribus restantes no tenían ya, hablando generalmente, diversidad de reinos, ni de culto, y todos se reunieron á celebrar la dedicacion del templo. También fueron avisados y concurrieron á esta celebracion todos aquellos prosélitos que, convertidos del paganismo, habían recibido la circuncision y se hallaban incorporados al pueblo de Dios. Toda esta multitud hicieron y celebraron la dedicacion del templo con el modo y orden que estaba mandado en el libro de Moisés. Cantaron los cánticos de alegría á honra y gloria del Señor y le ofrecieron las víctimas, á saber: cien becerros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos, y por el pecado de todo Israel doce machos de cabrío, según el número de las tribus, como había hecho Moisés al pié del Sina en la dedicacion del tabernáculo.

Celebracion de la Pascua y los ázimos.

Al concluir esta gran solemnidad, se llegó el tiempo de celebrar la Pascua siempre solemne para Israel, y mucho más ahora que había ya un siglo que no se celebraba. El día catorce de la luna de marzo celebraron la Pascua los hijos de la trasmigracion, y comieron el cordero, tanto los descendientes de Abraham como los que se habían separado de las abominaciones de las gentes y buscado al Señor, uniéndose á su pueblo; y por siete días celebraron la solemnidad de los ázimos en grande alegría y accion de gracias, porque el Señor les había alegrado, dice el sagrado texto, y había convertido hácia

ellos el corazón del rey de Asur (Darío) para ayudarles en la obra de la casa del Señor Dios de Israel. Entretanto no obraba el Señor con menos eficacia á favor de los Judíos en el corazón de aquel mismo Artaxerxes que diez años antes les había prohibido la continuación de la obra del templo.

Esdras y Nehemías.

Hemos visto que Esdras y Nehemías, personajes famosos del pueblo de Dios, vinieron de la cautividad con Zorobabel y Josué. Esdras de la familia sacerdotal de Aaron, era nieto, ó á lo menos biznieto del sumo sacerdote Saraías, á quien hizo morir Nabucodonosor después de la toma y destrucción de Jerusalén, y tío de Josué, actual sumo sacerdote. Fué llevado á la cautividad con el rey Sedecías, y siendo aun muy joven. Le había dotado el Señor de un talento extraordinario, y el buen Israelita le había ocupado en el estudio de los Libros santos con tanto fruto, que era sin disputa el hombre que tenía la nación mas versado en su inteligencia. Nehemías, hijo de Helcías, era, según unos, de la tribu de Leví; y según otros, de la de Judá. Nació en Babilonia en el tiempo de la cautividad, y por sus bellas prendas y grandes virtudes se mereció desde luego la estimación general. La Providencia, que prepara los hombres para la ejecución de sus designios sin darlos á conocer, había escogido á estos dos para concluir la grande obra que Zorobabel y Josué habían emprendido; y aunque adelantada admirablemente, no habían podido hacer, para decirlo así, mas que el cuerpo, y quedaba á Esdras darla alma, y á Nehemías concluirla y perfeccionarla. Se cree que cuando el gobernador Tatanai escribió al rey Darío sobre la obra del templo, fueron Esdras y Nehemías comisionados á Babilonia para hacer la causa de su nación; porque les vimos venir del cautiverio y acti-

var la obra del templo, y ahora les hallamos en Babilonia sin saber, ni cuándo, ni con qué motivo, no siendo con el de esta comisión, hayan vuelto á la tierra de su cautividad. Mas lo que ciertamente resulta de los hechos es, que Esdras y Nehemías tuvieron á cual mas ascendiente en el corazón de Artaxerxes, y que consiguieron las órdenes mas interesantes á su nación.

No dice el historiador sagrado por qué causa vuelve á aparecer ahora Artaxerxes sobre el trono de Babilonia, después de haberle ocupado Darío mas de ocho años, desde que vimos sobre él á este mismo Artaxerxes, dando aquel edicto fatal que paró la obra del templo. Mas es necesario advertir, que en la historia de los Libros sagrados, en tanto se habla de los monarcas paganos y de sus gobiernos, en cuanto tienen relación con los sucesos del pueblo de Dios. Según las historias profanas, parece que mientras Artaxerxes vivía entre las diversiones y placeres de su corte de Persia, se le rebeló Babilonia, que era también corte suya; y no hallándose con fuerzas bastantes para sujetarla, se valió de Darío, su aliado, que reinaba en la Media. Que Darío después de muchas batallas tomó á Babilonia; y que para resarcirse de los gastos que había hecho y pérdidas que había sufrido; y acaso también para que no volviese á rebelarse, reinó sobre ella mas de ocho años, fijando en ella su corte. En este tiempo expidió Darío á favor del pueblo de Dios el precioso decreto que hemos referido. Retirado este monarca á Ecbatanes, su corte de Media, volvió Artaxerxes á ocupar el trono de Babilonia; y tal es el tiempo en que, mudado el corazón de este en favor de Israel por aquel Rey omnipotente en cuya mano están los corazones de todos los reyes y todos los hombres, concedió á Esdras el magnífico decreto que vamos á referir, y mas adelante á Nehemías las cartas que también referirémos. Hé aquí el famoso decreto de Artaxerxes, concedido en su segundo reinado sobre Babilonia.

Decreto de Artaxerxes.

Artaxerxes, rey de reyes, á Esdras, Sacerdote y Escriba doctísimo de la ley del Dios del cielo, salud. Ha sido decretado por mí : que cualquiera del pueblo de Israel y de sus Sacerdotes y Levitas, que haya en mi reino, y quiera ir á Jerusalem, vaya contigo; porque de la presencia del rey y de sus siete consejeros eres enviado á visitar la Judea y á Jerusalem segun la ley de tu Dios, que tienes muy presente, y á llevar la plata y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido espontáneamente al Dios de Israel, cuyo santuario está en Jerusalem; y toda la plata y el oro que el pueblo quisiere ofrecer en toda la provincia de Babilonia; y de los sacerdotes lo que ellos ofreciesen espontáneamente para la casa de su Dios, reedificada en Jerusalem. Recíbelo libremente y cuida de comprar de ello becerros, carneros, corderos, hostias y libaciones, y ofrece á tu Dios estas cosas sobre el altar del templo de Jerusalem; y si á ti y á tus hermanos pareciere hacer algun otro uso de la plata y oro que sobrare, hacedlo segun la voluntad de vuestro Dios. Llevad tambien los vasos que el rey y sus consejeros y grandes han ofrecido para el servicio de la casa de tu Dios, y ponlos en la presencia de Dios en Jerusalem, y tambien se dará del tesoro y fisco del rey y de lo mio, cuanto fuere necesario para la casa de tu Dios. Yo el rey Artaxerxes he decretado y mando á todos los tesoreros del erario público que estais á la otra parte del rio : que cuanto os pidiere el sacerdote Esdras, Escriba de la ley del Dios del cielo, se lo deis sin tardanza hasta cien talentos de plata (mas de dos millones y medio), cien coros de trigo (quinientas fanegas), cien batos de vino (doscientas arrobas) y cien batos de aceite; y sal sin medida. Todo lo que pertenece al culto del Dios del cielo, entréguese puntualmente en la casa del Dios del cielo, no sea que se enoje contra el reino del rey y de sus hijos. Os hacemos tam-

bien saber, que no teneis potestad para imponer alcabala, tributo, ni otras cargas sobre los Sacerdotes, Levitas, cantores, porteros, natineos (aguadores y leñadores) y ministros de la casa de este Dios. Y tú, Esdras, establece jueces y presidentes segun la sabiduria que tu Dios te ha dado, para que juzguen á todo el pueblo que está á la otra parte del rio, y que tienen noticia de la ley de tu Dios, y á los que no la tienen enseñadla libremente; y todo el que no cumpliere exactamente la ley de tu Dios, y la ley del rey, será condenado, ó á muerte, ó á destierro, ó á una multa sobre sus bienes, ó á lo menos á cárcel. Hasta aquí el edicto del rey Artaxerxes.

Un rey de Israel, descendiente de los patriarcas, y criado en su religion, apenas podria hablar con mas veneracion del Dios de la gloria, ni tratar con mas respeto á su templo, ni con mas consideracion á sus ministros, ni con mas benignidad á su pueblo. Esdras cuando recibió el edicto y le hubo leído, exclamó : ¡ Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres, que puso todo esto en el corazon del rey para ensalzar la casa del Señor, é inclinó hácia mí los ojos de su misericordia delante del rey, de sus consejeros y sus poderosos!

Salida de Babilonia del resto de los cautivos y su viaje á Jerusalem.

Esdras no dilató el aprovecharse de este edicto precioso. Convocó y reunió el pueblo del Señor que todavia habitaba en la tierra del cautiverio, aunque no ya como cautivo, sino como vasallo del rey, y se fijó la partida para el dia primero del primer mes (primer dia de la luna de marzo) del sétimo año de Artaxerxes en su segundo reinado de Babilonia. Despedido Esdras, por sí y á nombre del pueblo, del bondadoso monarca, emprendieron su viaje el dia señalado. Llegaron á las márgenes del rio Ahava, y allí hicieron alto. Recontó Esdras por

familias y generaciones todo el pueblo que se había reunido, y resultaron cerca de dos mil hombres, que con las mujeres y niños pasarían de cuatro mil. Intimé allí un ayuno, dice Esdras, para alligarnos delante del Señor nuestro Dios, y pedirle feliz viaje para nosotros, nuestros hijos y familias y todos nuestros bienes; porque tuve vergüenza, añade, de pedir al rey tropas que nos defendiesen de enemigos en el camino, puesto que habíamos dicho al rey: La mano de nuestro Dios defiende á todos los que le buscan en bondad; y su imperio, fortaleza y furor cae sobre todos los que le abandonan. Ayunamos, pues, y rogamos á nuestro Dios para esto, y nos sucedió felizmente. Llamé despues á mi presencia doce sacerdotes de las primeras familias, y les entregué por peso la plata, el oro y los vasos que el rey, sus consejeros y grandes habían ofrecido para ser consagrados á la casa de nuestro Dios; y además todos aquellos que se hallaron en Israel ofrecidos (por los que volvían á Judá); y puse en sus manos seiscientos y cincuenta talentos de plata (dos mil ciento treinta y dos arrobas) y cien vasos de plata. Cien talentos de oro (trescientas ochenta y cuatro arrobas) y veinte tazones de oro, que pesaban mil sueldos (diez libras) y dos vasos de bronce acicalado, y hermosos como el oro, y les dije: Vosotros sois los santos del Señor, y santos son los vasos y la plata y el oro que espontáneamente ha sido ofrecido al Señor, Dios de nuestros padres; velad y guardadlo hasta que lo peseis en Jerusalem delante de los príncipes de los sacerdotes y levitas, y de los príncipes de las familias de Israel para ponerlo en el tesoro de la casa del Señor: y recibieron los sacerdotes y levitas la plata, el oro y los vasos para llevarlo á Jerusalem á la casa de nuestro Dios. Nos pusimos, pues, en camino desde el río Ahava el día doce del mes primero (doce días despues de la salida de Babilonia) para ir á Jerusalem. La mano de nuestro Dios fué sobre nosotros, y nos libró de manos de enemigos y de asechadores.

Llegada á Jerusalem.

El día primero del quinto mes (primer día de la luna de julio) llegamos á Jerusalem y descansamos tres días. Cuatro meses justos duró este viaje, como había durado el primero con la diferencia de algún otro día. Nada faltó en el camino, ni hubo un solo fracaso en esta muchedumbre, compuesta en la mayor parte de ancianos, mujeres y niños, según que era buena, dice el sagrado texto, la mano de su Dios sobre él, esto es, sobre Esdras y su pueblo. Despues de los tres días de descanso y de mutua alegría y regocijo entre los hermanos que llegaban á Jerusalem, y los que se hallaban en ella, pasó esta nueva porción de hijos de Jacob á entregar el cuarto día en la casa del Señor la plata, el oro y los vasos ofrecidos para servicio del culto, por mano de los sacerdotes que se habían encargado de estas riquezas y preciosidades en las márgenes del Ahava, y todo se recibió á peso y cuenta por los tesoreros del santuario. Hecha esta entrega, ofrecieron holocaustos al Dios de Israel, con tanto mayor consuelo y devoción, cuanto había tantos años que no los ofrecían en su santo templo. Presentaron doce becerros por las doce tribus de Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos de cabrío, todo en holocausto al Señor. Últimamente se pusieron en manos de los ministros de la corte y de los gobernadores de esta parte del río los decretos del rey, y al verlos, ensalzaron y tuvieron en gran consideración al pueblo y el templo de Dios.

Gran sentimiento de Esdras al saber que varios Israelitas se habían casado con extranjeras.

Esdras se hallaba empapado en consuelo y rebotando alegría al ver la felicidad con que todo se había hecho

bajo la visible proteccion del Señor, y se prometia todo género de prosperidades para su pueblo, si no se hacia indigno de este amparo del Cielo; cuando hallándose en el parvis del templo se le presentó una porcion de venerables ancianos y celosos cabezas de familias á suplicarle : que pusiese remedio á un gran mal que se habia extendido en el pueblo de Dios; cuya noticia hubo de costar la vida á este gran celador de la ley. El pueblo de Israel, le dijeron, no se ha separado de los pueblos de estas tierras, ni de sus abominaciones, porque ha tomado de sus hijas para sí y para sus hijos, mezclando el linaje santo con la sangre maldita de los Cananeos, Heteos, Fereceos, Jebuseos y Amorreos, y con la sangre pagana de los Amonitas, Moabitas, Egipcios, y demas idólatras que nos rodean; y lo mas lastimoso es, que tambien hay sacerdotes, levitas y magistrados que han caido en esta abominacion. Esdras al oirlo rasgó su manto y su túnica, arrancó sus cabellos, mesó su barba y se sentó sobre la tierra, traspasado del mas vivo dolor y tan acongojado que parecia un hombre que se muere. Acudieron á consolarle los temerosos de Dios; pero Esdras permaneció sentado en el suelo y sumergido en un mar de amargura hasta el sacrificio de la tarde.

Su oracion.

Entonces se levantó, y volviendo á rasgar su manto y su túnica, dobló sus rodillas, extendió sus manos al cielo y exclamó : ¡ Dios mio! yo me confundo y me avergüenzo de levantar mi rostro hácia vos, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestras cabezas y nuestros pecados han crecido hasta el cielo... Siguió este afligido sacerdote clamando largo tiempo al Señor, y confesando en su divina presencia los delitos por los cuales su pueblo le habia puesto en la precision de castigarle, entregándole al hambre, á la

peste, al cuchillo y á la esclavitud, y quejándose amargamente de que en unos dias en que les habia mirado con misericordia y vuelto á su tierra, su ciudad y su templo, este pueblo ingrato provocase de nuevo su ira, tomando en matrimonio para sí, sus hijos é hijas de las naciones paganas y de la raza maldita de Can... y concluyó diciendo : Justo sois, Señor, Dios de Israel. Aquí estamos delante de vos, detestando nuestro delito, porque no es sufrible estar en delito delante de vos.

Juramento de echar las mujeres extranjeras.

Mientras que Esdras oraba, lloraba, é intercedia por los prevaricadores, postrado delante del templo de Dios, le rodeó una multitud de hombres, mujeres y niños, y todos lloraban largo llanto con él. Entonces se levantó Sechenías, de los hijos de Elam, y acercándose á Esdras, le dijo : Nosotros hemos prevaricado contra nuestro Dios, tomando mujeres extranjeras de los pueblos idólatras; y ahora, puesto que se arrepiente el pueblo y llora su extravio y prevaricacion, hagamos un pacto con el Señor nuestro Dios, de echar (de nosotros) todas las mujeres y los que de ellas han nacido, segun la voluntad del Señor, y de los que temen el mandato del Señor nuestro Dios. Levántate, porque á tí tocar esolver, y nosotros te ayudaremos. Esdras se levantó y tomó juramento á los príncipes de los sacerdotes y levitas, y á todos los que se habian reunido, de que lo harian conforme á la ley, y todos lo juraron.

Medios para cumplirlo.

Mas Esdras no dejaba de llorar, porque se habia quebrantado el precepto del Señor, y no cesó en su llanto hasta que se publicó un decreto por los príncipes y an-

cianos ordenando: que todo aquel que, hallándose en distancia proporcionada, no viniese dentro de tres días á Jerusalem, se le confiscarian todos sus bienes, y sería echado de la congregacion de Israel; y todos los hombres de Judá y Benjamin, como mas cercanos á Jerusalem, se hallaron reunidos en la ciudad santa al tiempo señalado. El dia veinte del mes nono (luna de noviembre), todo el pueblo se sentó en la plaza de la casa de Dios (el sitio de los atrios que aun no estaban reedificados) temblando por el pecado y por un fuerte aguacero (que miraba como un indicio del enojo del Señor). Entonces Esdras, rodeado de los príncipes y los ancianos, se presentó en medio de la multitud y les dijo: Vosotros habeis prevaricado, tomando mujeres extranjeras y habeis añadido este pecado á los pecados de Israel (que acabamos de pagar con un largo destierro). Ahora, pues, dad gloria al Señor, Dios de vuestros padres, y haced su voluntad, separándoos de los pueblos de la tierra y de las mujeres extranjeras... y respondió toda la multitud: Hágase como lo dices. Lleno de consuelo Esdras con tan satisfactoria respuesta, está bien, dijo; mas por cuanto el pueblo es mucho, y mucha la lluvia y no podemos permanecer al descubierto, ni esta es obra de dos dias, señálense príncipes de toda la multitud que entiendan en esta separacion; y luego fueron nombrados los sacerdotes Jonatan y Jaasia, y para ayudarles los levitas Mesollan y Sebetai. Hecha esta eleccion, despidió Esdras la multitud para que se volviesen á sus casas, mandándoles: que todos los de todas las ciudades que habian tomado mujeres extranjeras, viniesen cuando fuesen llamados, ciudad por ciudad, y con sus ancianos y magistrados al frente, á presentarse ante los jueces nombrados para ejecutar la separacion; hasta que se concluya, añadió, y se aparte de nosotros la ira de nuestro Dios por este pecado; y lo hicieron así todos los hijos de Israel de todas las ciudades y de todos los pueblos.

Su cumplimiento.

Se principió esta averiguacion el dia primero del mes décimo (luna de diciembre) y duró hasta el dia primero del mes primero (luna de marzo) del año siguiente, esto es, tres meses. Se declararon nulos todos los matrimonios contraidos con extranjeras: las echaron de casa y á sus hijos con ellas; y ofreció cada uno de los prevaricadores un carnero por su delito. Con esto quedó aplacada la ira del Señor, y concluido felizmente un asunto tan difícil y tan delicado. La prohibicion de alianzas, y sobre todo matrimoniales, con los incircuncisos era una ley capital del pueblo de Dios, y la falta de su cumplimiento fué casi siempre el origen de sus idolatrías y de sus terribles castigos. ¡Pluguiese al Cielo que este manantial venenoso que derramó tantas desdichas sobre el pueblo de Dios, no manase con tanta abundancia y derramase tantas calamidades sobre el pueblo de su santísimo Hijo!

Esdras, este gran celador de la ley, despues de un triunfo tan consolador para él y tan dichoso para su pueblo, se ocupó del cumplimiento del edicto de Artaxerxes en todas sus partes. Hizo que los gobernadores reales contribuyesen con el vino, aceite, trigo, victimas y dinero que la munificencia del rey habia destinado para los sacrificios, obras y adornos del templo. No permitió que se cobrase alcabala ó tributo, ni se impusiese carga ó gravámen alguno á los sacerdotes, levitas, cantores y demás ministros del templo del Señor. Como autorizado para enseñar libremente la ley del Señor al pueblo de Israel, y principalmente como doctor de esta ley, estableció en las ciudades enseñanzas donde se leian los Libros santos y se explicaban. Se aplicó con gran celo al arreglo del culto público, que habiendo estado sin uso por cerca de un siglo, pedia una muy particular atencion, y logró volver á introducir aquel bello orden

que en otro tiempo habia hecho tan glorioso al templo de Salomon.

Se concluyen las obras exteriores del templo.

Entretanto que así se ocupaba este celoso sacerdote y gran doctor de la ley, Zorobabel, príncipe del pueblo, trabajaba incansable en llevar á su conclusion las obras que debían rodear el templo del Señor. El vestíbulo interior y exterior, los atrios, las galerías cubiertas, los gazofilacios ó archivos de los Libros santos y de los tesoros y alhajas preciosas, las habitaciones de los sacerdotes, levitas y demás ministros del culto, las cámaras de los ornamentos y vestiduras sacerdotales y otra multitud de edificios, indispensables para llevar con decoro y grandeza el culto que toda la nacion rendia al Señor en aquel solo templo... todo esto pedia muchos años, y gastos inmensos para llevarlo á su fin; y esto era en lo que con tanto celo y empeño se ocupaba Zorobabel en estos años de paz que concedia el Señor á Israel, inspirando buena voluntad al rey Artaxerxes. La generosidad de este monarca, los tesoros que se habian traído últimamente de la cautividad y los que el pueblo ofrecia todos los días, proporcionaban á Zorobabel el pago de estas obras inmensas, que tuvo el consuelo de ver concluidas, si se exceptúan algunos adornos que no eran precisos y que se continuaban haciendo.

Prohibicion de reedificar á Jerusalem.

Esdras explicaba la ley y procuraba su cumplimiento; Zorobabel llevaba á su perfeccion la obra del templo, y el pueblo, fiel al Señor, y dócil á las autoridades, saltaba de gozo al ver su hermosura y la magnificencia del culto, al que contribuía presentando con la mejor vo-

luntad víctimas y ofrendas; mas todos estos consuelos y gozos de los hijos de la cautividad tenían contra sí un sentimiento de amargura que no podían calmar. Este sentimiento le causaban las ruinas de la ciudad santa que estaban siempre á la vista, y que no se les permitia apartar de sus ojos, reedificándola. El amable Ciro no habló expresamente en su célebre decreto, sino solo del templo. Artaxerxes en el suyo primero prohibió severamente la reedificacion de Jerusalem, á la que trató de ciudad sediciosa y rebelde á los reyes. Darío no revocó este decreto. El mismo Artaxerxes en su segundo decreto, aunque tan favorable á Esdras, á los cautivos y al templo, no revocó ni aun habló del primero, y todo esto probaba que los monarcas que dominaban al pueblo de Israel, de ningún modo querían que se reedificase, y menos que se murase la antigua Jerusalem, persuadidos, y con razon, de que volveria á ser una fortaleza invencible, si los delitos de sus moradores no hacían que Dios la entregase á sus enemigos.

Necesidad de reedificarla.

Pero mientras que Jerusalem no se reedificase y levantasen sus muros, el servicio del templo no podia hacerse con tranquilidad: los vasos sagrados, los tesoros de la casa del Señor, las preciosidades, las vestiduras sacerdotales, los almacenes... todo se hallaba expuesto á la embestida de cualquiera fuerza armada en una ciudad sin otra defensa que escombros; y la nacion santa, destinada á perpetuar el culto de Dios hasta la venida de su santísimo Hijo, no podia cumplir, segun era debido, este sagrado destino. En la imposibilidad de reedificar la ciudad y levantar sus muros, se encerraron en ella lo mejor que pudieron, cercándola con terraplenes, formados de sus ruinas amontonadas y poniendo puertas á sus entradas; mas unas defensas tan despreciables, al paso

que nada apenas servian para su seguridad, bastaron para dar armas al odio de sus enemigos. Las trataron de grandes murallas, y en efecto lo eran por los grandes montones de escombros que las formaban; las derribaron y quemaron las puertas. La situacion de los moradores de Jerusalem en semejante estado era bien desgraciada. Todo cuanto tenian, hasta los vasos del templo, estaba en peligro; los enemigos derribaban sus terraplenes y quemaban sus puertas, y de nada de esto podian quejarse á los gobernadores, porque léjos de tener órden del rey para protegerlos era todo al contrario, porque subsistia la prohibicion de reedificar á Jerusalem. Tampoco era prudente recurrir á Artaxerxes, que habiéndoles dispensado todo género de favores, como hemos visto, conservó la prohibicion de edificar á Jerusalem, y no quiso concederles este beneficio. Semejante recurso solo presentaba una negativa, y un peligro de enojar al monarca, perder su proteccion y atraerse males incalculables. Sin embargo, este fué precisamente el partido que tomaron, contando con la proteccion del Señor, que habia prometido por Isaías la reedificacion de Jerusalem, y tuvieron razon en contar con ella, porque sus promesas son infalibles.

Comision á Nehemías para que solicite de Artaxerxes licencia para reedificarla.

Cuando Esdras salió de Babilonia con el resto de la cautividad, dejó á su compañero Nehemías en el favor de Artaxerxes y sirviéndole de copero. Se determinó enviar una comision á Nehemías para que solicitase del rey la permission de reedificar á Jerusalem y levantar sus muros. Esta comision se compuso de personas principales, yendo á su cabeza Hanani, uno de los hermanos de Nehemías. En el mes de Casleu (luna de diciembre) del año veinte de Artaxerxes llegó la comision al castillo de

Susa, donde á la sazón se hallaba Nehemías. Este les recibió con todas las atenciones debidas á los representantes de su nacion, y con el cariño de hermanos. Su primer deseo fué saber de los que aun vivian despues del cautiverio, y del estado del templo y de Jerusalem. Los que quedaron del cautiverio, le dijeron, se hallan en grande afliccion. Aunque el templo ha sido reedificado, está expuesto á las embestidas de nuestros enemigos; la ciudad santa no es sino ruinas; los parapetos que habiamos formado de sus escombros, han sido derribados, y las puertas con que habiamos cerrado las entradas, han sido quemadas. Tal es nuestro estado, y á fin de remediar estos males tan grandes, nos envian nuestros hermanos y los vuestros para que, siguiendo los ejemplos de Daniel, Mardoqueo y Ester, interpongais vuestro valimiento con el rey Artaxerxes y nos alcanceis el permiso de edificar la santa ciudad y cerrarla con muros.

Affliccion y oracion de Nehemías.

Cuando oyó Nehemías el deplorable estado en que se hallaba Jerusalem, los peligros del templo y la amargura en que vivian sus hermanos de la cautividad, se sentó sobre el suelo, se afligió y lloró muchos dias, ayunando y orando en la presencia del Dios del cielo, y diciendo: Yo os suplico, Dios grande, fuerte y terrible, que tengais misericordia de aquellos que os aman y guardan vuestros mandamientos. Sean atentos vuestros oidos y esten abiertos vuestros ojos á la oracion que dia y noche hace vuestro siervo en vuestra presencia por los hijos de Israel vuestros siervos. Yo confieso los pecados con los que los hijos de Israel han pecado contra vos, y los que hemos cometido yo y la casa de mi padre. Es verdad que hemos sido seducidos de la vanidad (la idolatria) y que no hemos guardado los mandamientos, ceremonias y juicios que ordenásteis por vuestro siervo Moisés; mas

acórdaos, Señor, de la palabra que disteis, diciendo : Cuando prevaricáreis, yo os esparciré por los pueblos ; pero si os volviéreis á mí, y guardáreis mis preceptos y los cumpliéreis, aunque hayais sido trasportados á los cabos del mundo, de allí os congregaré y os volveré á traer al lugar que escogí para que morase en él mi Nombre. Pues, Señor, siervos vuestros son los que os suplican, y ellos son los que componen el pueblo que redimisteis con vuestra fortaleza y mano valiente. Ruégoos, Señor, que esté atento vuestro oído á la oracion de vuestro siervo y á la súplica que me hacen vuestros siervos para que yo hable al rey Artaxerxes; y que hagáis que yo halle misericordia delante del rey. Una oracion humilde y fervorosa es para los justos un manantial de esperanza y consuelo, y Nehemías salió de la suya animado de gran confianza. Prometió á los comisionados que nada dejaria de hacer en favor de su pueblo, y solo esperó la ocasion oportuna.

Artaxerxes concede á Nehemías licencia para ir á reedificar á Jerusalem y le autoriza.

Un día que el rey estaba á la mesa solo con la reina, se presentó Nehemías á servirle la copa con un semblante lánguido y decaído; el rey lo advirtió, y luego le preguntó : ¿Qué tienes, Nehemías? ¿Porqué tu semblante está triste, siendo así que no estás enfermo? No es esto sin causa, y no sé qué mal hay en tu corazon. Al oír estas últimas palabras temió Nehemías en gran manera; mas conservó bastante ánimo y serenidad para decir : Viva el rey eternamente : ¡cómo, señor, no ha de estar pálido y decaído mi rostro, cuando la ciudad donde estan enterrados mis padres se halla desierta y quemadas sus puertas! ¿Y qué quieres? dijo entonces el rey. Aquí pareció quedar suspenso Nehemías por al-

gunos momentos; pero fué para pedir al Cielo que inclinase el corazon del monarca á condescender con su peticion, y lo consiguió segun sus deseos. Si parece bueno al rey, respondió, y si vuestro siervo ha hallado gracia en vuestra presencia, suplico que me enviéis á la Judea, á la ciudad del sepulcro de mis padres, para reedificarla. Una peticion de tanta consecuencia no ocupó la atencion del rey, y dándola por concedida, solo cuidó de saber el tiempo de la vuelta de Nehemías, porque sin duda le queria mucho. ¿Y en cuánto tiempo harás tu viaje? le preguntó el rey y la reina : ¿y cuándo volverás? Nehemías señaló el plazo; no sabemos cuál fué; pero sabemos que pareció bien al rey, y le envió segun su peticion; mas no quiso que fuera solo con su comitiva, y mandó que le acompañase una buena escolta de oficiales y tropa de á caballo. Nehemías conocia las grandes dificultades de su empresa y se atrevió á suplicar al rey, que le diese cartas para los gobernadores del otro lado del rio, á fin de que le franqueasen el camino hasta llegar á la Judea, y otra carta separada para el intendente del bosque del rey, mandando que se le diesen las maderas necesarias para hacer las puertas de los atrios del templo, las de las entradas de las murallas y las de su propia casa, y todo se lo otorgó el rey, segun era bienhechora la mano de Dios conmigo, dice el mismo Nehemías.

Se despidió este de los amables monarcas, y salió de Babilonia acompañado de sus paisanos los comisionados, escoltado de las tropas que le habia dado el rey, y armado con sus cartas para los gobernadores y el intendente del bosque. Luego que pasó el rio, se presentó á ellos y les entregó las cartas del rey. No tardaron en saber esta venida y sus circunstancias Sanaballat Moabita, que gobernaba á los Samaritanos, y Tobías Amonita su asesor ó secretario, hombres poderosos en la Samaria; y no solo tuvieron gran pesar de que hubiese venido á Judea un hombre que procurase la prosperidad